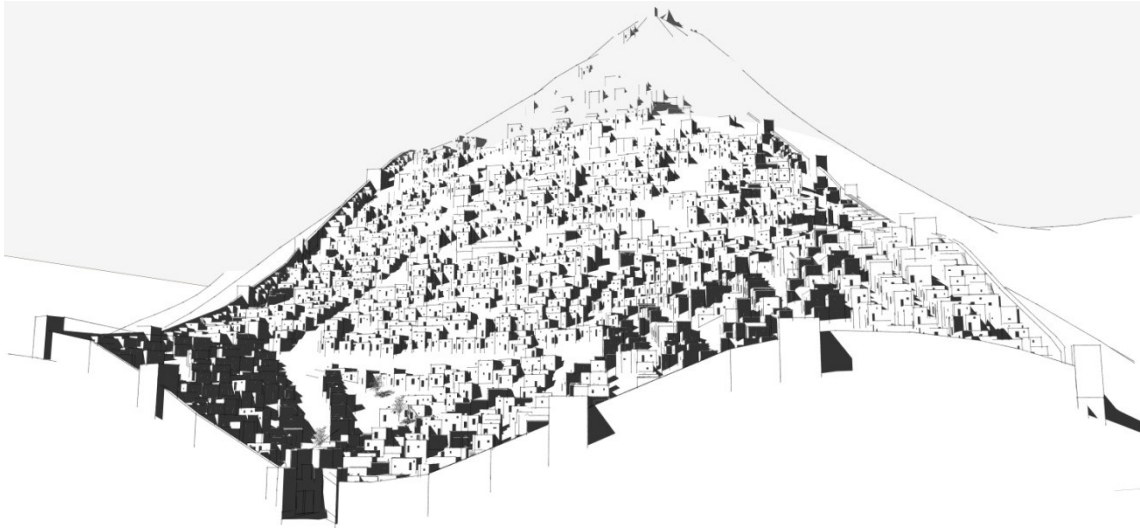


Libro I

El secreto está sobre el cielo de Ituro



S-I d. C. – Layetania

Daleninar corría por el cauce del pequeño riachuelo que unía las montañas con el litoral, con un pequeño fardo fuertemente apretado contra su pecho. Las aguas fluían y desaparecían bajo tierra, volviendo a aparecer un poco más abajo. Los cantos redondeados por el permanente masaje del agua aparecían amenazantes, húmedos y atentos a provocar cualquier resbalón. Cualquiera que la viese de lejos pensaría que el pequeño fardo envolvía una criatura, aquel bastardo nacido de su relación con un romano. Y eso era lo que Daleninar pretendía. Sosian era el nombre del pequeño y había despertado curiosos intereses entre las diferentes partes.

La joven muchacha sabía perfectamente de los peligros que acechaban en las cercanías de aquella cañada. Muy a menudo, en las épocas de calor, la ira de los dioses podía inundar las diferentes cañadas de la zona sin ningún tipo de piedad por los frutales o los cultivos de aquel pueblo layetano.

Los layetanos ya se habían acostumbrado a mirar el aspecto del cielo antes de salir de casa, y los romanos lo aprendieron a lo largo de los años, gracias a los cadáveres que fueron dejando en las rieras.

La hábil Daleninar había aprendido mucho de su pueblo y del pueblo romano y sabía ver un problema mucho antes de que éste llegara, de la misma manera que sabía calcular cuánto tiempo faltaba para que una tormenta mediterránea hiciera acto de presencia. Sabía que Ahuntar había desaparecido –una vez más- y se requería un sustituto para el culto a los dioses de la fertilidad: Sosian. Los sacerdotes habían vuelto a adoptar la antigua medida de los sacrificios humanos, en sustitución de Ahuntar, que era el icono utilizado para las ofrendas. Quizá hubieran sido ellos los que habían hecho desaparecer a Ahuntar, con tal de volver a las viejas creencias. En esos temas, los romanos les habían enseñado muchas cosas, pero los ancianos layetanos se resistían a aceptar otros dioses que no fueran los suyos, aunque llevaran muchas generaciones de dominación proveniente de Roma.

Cabía la sospecha que Ahuntar hubiera sido robada por los romanos, como medida de presión a las crecientes revoluciones. También corrían rumores de que el robo podía haber sido obra de los sacerdotes íberos, ávidos de sangre. O quizá algún desalmado se la había llevado a casa. La cuestión era que Sosian corría el peligro de ser una ofrenda para los dioses y Daleninar sabía que eso sería su fin. Sí, sin duda, en el más allá, Sosian estaría muy bien y protegido al abrigo de los dioses, pero ella lo prefería en la tierra.

Y para ello había diseñado aquel escrupuloso plan: iba a entregar al niño a su padre, próximo a embarcar en un navío que lo llevaría a la capital del imperio, en la península itálica. Aunque el dolor le encogía el corazón cada vez que recordaba a Marius, el padre de Sosian, nadie podía evitar que partiera hacia la capital a la llamada del emperador Claudio, ávido de noticias por saber qué pasaba con Ahuntar, aquel extraño amuleto de los layetanos y en el que parecía que todo el mundo creía, layetanos y romanos, después de comprobar la prosperidad de Layetania en los últimas generaciones.

Sólo con la entrega de Sosian lo libraría de una muerte segura a manos de los ancianos.

Aunque llevaban muchas generaciones de convivencia, la relación entre romanos y layetanos padecía una curiosa limitación de tipo lingüístico: los layetanos entendían perfectamente a los romanos pero no así al revés: sólo los layetanos que hablaban la lengua del imperio podían ser entendidos por el pueblo invasor. Daleninar nunca se había dirigido en latín a Marius, pero entendía perfectamente todo lo que éste le decía. Él estaría de acuerdo con la estratagema del niño, pero no estaba muy segura de saber qué le diría respecto a Ahuntar si, finalmente, él lo había robado. Aún así, nadie sospecharía de ver a un centurión romano hablando con una indígena, porque hacía ya muchísimas lunas que las dos civilizaciones se habían unido en un claro mestizaje.

Llegar a la playa sin ser vista por ningún esclavo que estuviera trabajando el campo o adoquinando carreteras fue relativamente sencillo. Debía evitar adentrarse en el bosque porque allí, lejos de la vista de cualquiera que transitara por los alrededores, podía convertirse en un preciado juguete para los *proscriptus*, los delincuentes abandonados fuera de las aldeas íberas o de las urbes romanas, a vivir convictos, sin patria y sin más medios que los del hurto. Se había especulado mucho de ataques a los viajeros y layetanos y romanos se acusaban mutuamente de esos hechos. Daleninar pensaba que algo habría de cierto en ambas versiones.

Era la época de calor y aquel día especialmente, era sofocante. Durante estos periodos y, más en concreto, a las horas de mayor temperatura, era recomendable permanecer en casa, por más que Ilturo era un pueblo fuerte y capaz, tal como había demostrado durante generaciones, de soportar las condiciones más adversas.

En los días más calurosos, el peligro podía aparecer por las tardes, cuando unas columnas de nubes blancas como la espuma, hacían aparición por detrás de las montañas, amenazadoras. Los layetanos

sabían que las nubes blancas podían no ser dañinas, pero en aquella estación de calor, se trataba de un aviso al que no se le había de dar desprecio.

Aquel día en el que Daleninar bajaba a la playa, era uno de esos días. Unas puntitas blancas asomaban por la cresta de las montañas que rodeaban Ilturo y, muy probablemente, serían seguidas de aquellas otras mucho más negras y que desprendían fuego. Aquellas que anegaban de agua las cañadas de las montañas y que convergían más abajo formando rieras, la fuerza de las cuales podía llevarse por delante hasta un buey. En los alrededores de Ilturo muchas eran las noticias de desaparecidos bajo las turbulentas aguas de unas rieras que no solían durar bastante más que las tormentas en sí.

Rebaños de ovejas trashumaban de un pasto a otro insaciables de la cada vez más seca vegetación. En aquella época la zona perdía su verdor durante un buen puñado de lunas. Llegaría un momento que los días empezarían a acortarse en cuanto a luz, y toda la vega volvería a retomar aquel verde mezclado con el color calizo de las zonas más arcillosas. De la limpieza de las montañas se encargaban las cabras silvestres; aunque algunas habían sido ya domesticadas y proporcionaban una leche más fuerte y gustosa que la de las vacas, algunas seguían su vida más allá del poblado y eran capaces de bajar al mismo en busca de algunas sobras que los humanos dejaban fuera del recinto amurallado. Los layetanos no se habían distinguido nunca por prever los peligros de las hordas imperiales romanas, y preferían la batalla a campo abierto. Pero tras unas cuantas generaciones al servicio de los romanos, con los que empezaban a congeniar, les había llevado a la conclusión de que los muros debían construirse para preservar los escasos bienes que tenían, como las cisternas de agua. Los romanos les ayudaron y les enseñaron en el arte de la construcción y todo lo que quedaba más allá de los muros, ya no era aldea.

Después de la gran dominación, los romanos se aposentaron y los layetanos se acostumbraron a servirles, aunque no por ello aceptaban la situación. En muchos casos hubo confraternización y mestizaje.

Y eso era lo que le había sucedido a Daleninar. Su hijo era el hijo de un romano el cual, se convenció, no era como los demás. Se hizo responsable de él y le ayudó hasta que llegó el momento de partir: desde Roma requerían su presencia de manera irrefutable para aclarar algunos hechos sucedidos en Layetania. ¿Cuándo volvería? No se sabía; le había confesado a Daleninar que quizá no volviera y que, aunque le habría gustado llevarse a Sosian, entendía que estaría mejor al cuidado de su madre y que no tenía edad para un largo viaje en barco hasta la capital romana. Les esperaban muchos peligros en la travesía y confiaba que entre el poderío del pueblo íbero y la seguridad romana instaurada allí hacía mucho tiempo, el niño sufriría menos sustos.

El problema era que Ahuntar había desaparecido. El icono religioso más importante de toda Layetania era una figura de sílex tallada a piedra que representaba una cabra, el animal por antonomasia de la zona, un animal que podía vivir domesticado y el cual donaban en ofrenda a los dioses, o el que pasturaba silvestre por las montañas. Un icono que, mientras obrara en manos de los layetanos, profería una seguridad adicional que ningún otro icono ni ofrenda les daba. Muchas eran las historias alrededor de Ahuntar, como por ejemplo, que sanaba a los enfermos o que permitía a los habitantes de Layetania procrear con mayor facilidad... Eran leyendas que los habitantes de una de las aldeas más grandes de toda Hispania, creían a pies juntillas. En los ritos religiosos que se celebraban en las montañas colindantes a Ilturo, Ahuntar siempre estaba presente, era el símbolo de que todo marchaba bien. Y si las cosas no iban tan bien y Ahuntar no estaba disponible –cosa que sucedió en diversas ocasiones, por robos o por descuidos- la ofrenda tenía que ser un

niño en edad muy temprana, a poder ser, un niño que aún no se hubiera destetado.

Así eran las leyes en Ilturo, fuertemente enraizadas en la creencia popular, pero ejecutadas de manera militar por sus sacerdotes, los ancianos, a los que nadie osaba contradecir. Todo el mundo estaba convencido que si se contentaba a los dioses, todo iba mejor. Incluso con la invasión romana, muchas generaciones antes, la presencia de Ahuntar había ayudado a que el pueblo no fuera aniquilado e, incluso, que muchos íberos llegaron a formar parte de algunos estamentos sociales más elevados, entre los romanos.

El avance junto a los romanos había sido de tal magnitud que se le atribuyó también a la cabra de sílex el poder de haber traído a aquel pueblo invasor hacia Layetania. Los romanos habían traído la cultura del agua, habían mejorado la tecnología del campo y del ganado, dominaban el fuego mejor que los íberos y sus armas también eran mejores; de ellas aprendieron a hacer las suyas los layetanos. Pero el esplendor de Layetania emergió de entre otros pueblos íberos cuando los romanos les enseñaron a acuñar monedas. El comercio se extendió, no sólo entre layetanos y romanos, sino con otros pueblos celtíberos de los alrededores. Con tal simbiosis, los layetanos fueron, con mucho, el pueblo más avanzado de Hispania, cosa que despertó no pocas envidias.

El robo de Ahuntar, en las faldas de la colina más meridional y podría haber sido pertrechado por Marius o cualquier otro: los romanos también mostraban interés en aquel extraño icono del que decían, según su versión, que le habían visto cambiar de color. Marius debía partir y podría haber tenido la tentación. Y en eso radicaba la obsesión de Daleninar: si no encontraban el preciado icono, los ancianos deberían ofrendar un niño y no cabía duda que Sosian podría ser el elegido.

De ahí las urgencias de Daleninar. Debía encontrar a Ahuntar y debía hacer creer que el niño se iba con Marius. Al menos así podría

despistar a los ancianos durante un tiempo, si bien es cierto que un niño es un niño, y no lo podría esconder durante mucho tiempo.

Los romanos querían a Ahuntar. Habían descubierto su existencia y sus creencias religiosas empezaron a tambalearse. ¿Podía un icono de un pueblo bárbaro como aquel tener una influencia superior a la de sus propios dioses? Había pruebas suficientes, al menos para los romanos: el desarrollo de toda la Hispania Tarraconensis había sido superior al de la Hispania Citerior, la Ulterior, la Bética o la Lusitania. Habían sido los primeros en aprovechar los pozos de agua en zonas de secano, los primeros en fortificar sus aldeas, los primeros en fusionar aldeas próximas entre sí para crear urbes más importantes, como Tarraco o Bílbilis, morada de los lusones, etnia mestizada con los celtas. Y también habían forjado el avance más importante de toda Hispania: habían sido los primeros en acuñar moneda fuera de la Roma peninsular. Los romanos de Layetania habían acuñado moneda y los íberos de Layetania, también. ¿A qué se debían tales avances? ¿Por su proximidad con la capital del Imperio Romano? Algunos no lo vieron así y empezaron a creer que había algo más, algo poderoso cuyo influjo cargaba de energía positiva a quien lo poseía y podía obrar grandes proyectos con él, proyectos, incluso, de tipo bélico.

Por esa razón, los íberos no deseaban desprenderse de Ahuntar, y los romanos soñaban hacerse con él, si bien es cierto que los romanos nunca instigaron con hacerse con el sílice por la fuerza bruta porque en su interior creían que si lo poseían los layetanos, ya lo tendrían suficientemente cerca como para notar su influencia, combatiendo así el temor de no saber qué hacer con él si estuviera en sus manos.

Los layetanos no habían temido nunca que Ahuntar pudiera ser robado y no podían imaginarse el amuleto en manos de un invasor y esa confianza les había llevado a descubrir que ya no eran sus propietarios. Las sospechas recaían sobre Marius porque todo el mundo sabía que había de partir hacia Roma.

Ella sabía que jugar con fuego era peligroso, pero estaba decidida a llevar a cabo su plan: temía que Marius hubiera robado la idolatrada estatuilla de sílice que representaba el pasado, el presente y el futuro de su pueblo. Debía jugarse el todo por el todo.

Hacía rato que no se había cruzado con nadie y la soledad le erizó el vello de la espalda; a pesar de ir con tiento e intentando controlar todas las variables, una brisa de interior se había levantado y amenazaba la peor de las tormentas. Sólo los que habían morado aquella zona durante generaciones y generaciones sabían del peligro que acechaba. No quedaba mucho tiempo hasta que anocheciera y no podía verse envuelta por la oscuridad ni por la tormenta.

Llegando a la playa divisó un campamento romano a lo lejos, cerca del puerto de Ilturo. Daleninar desconocía donde estaría Marius o si, incluso, ya habría partido. Echó una rápida mirada en el horizonte, pero ningún barco había zarpado aún. Sudaba a causa del profundo bochorno que precedía las tormentas veraniegas, aún yendo ligera de ropa: una túnica que llegaba a los tobillos, un cinturón que embellecía su esbelta silueta y unas sandalias romanas. Una fina capa la abrigaba del aire que se había levantado. Aún así, tenía mucho calor.

Pisar la arena de la playa no la reconfortó ya que el sol la había estado quemando durante todo el día y le abrasó los pies. Un súbito estremecimiento le rebajó el optimismo: podría no dar con Marius y entonces, el asunto de Ahuntar le crearía problemas.

La playa podía tener más de dos leguas romanas en algunos tramos, aun habiendo perdido mucha arena tras las últimas tormentas. Algunas dunas podían engañar al paseante y hacerle creer que el mar estaba más cercano, al verlo en el horizonte a través de ellas. Pero Daleninar era una exploradora experta y en ningún caso caería el engaño de las distancias.

Tras de sí, las puntitas nubosas blancas habían ampliado su espacio formando bellas protuberancias muy blancas, por donde les daba el

sol, y oscuras en el lado contrario. Ella, como todo el pueblo layetano, sabía qué significaba aquello.

Los íberos no creían en la suerte aunque sí en la superstición, o en las casualidades. Rodeando una duna escuchó unas roncadas voces a lo lejos, pero más próximas a ella que el campamento romano. Se estremeció al pensar que una terrible coincidencia había puesto a algunos romanos en su camino, pero lejos del campamento, porque eso podía significar peligro. Daleninar sabía que era atractiva pero tener un hijo de Marius podría ser una garantía de que la dejaran tranquila.

A media legua romana de distancia observó movimientos en la playa. Aguardó tras de una duna y estuvo atenta a aquel grupo de romanos lejos aún del campamento. Palpó su cinturón: la honda y un canto rodado de una de las numerosas rieras permanecían allí ocultos. Por tanto, debía saber cuántos hombres había. Al cabo de un buen rato de permanecer en silencio constató que no había más de tres hombres que, como no podía ser de otra forma, lucían sus espadas colgadas del cincho. Los tres hombres hablaban y parecían excitados, pero la brisa que, a medida que avanzaba la tarde, era más recia, se llevaba sus palabras. Los romanos se interponían en su camino y dada la situación de las dunas en aquel momento, no tendría más remedio que pasar cerca y correr el peligro de ser vista. Sabía de muchas mujeres íberas que habían desaparecido y los rumores que llegaban indicaban que eran enviadas a la capital del imperio, para satisfacer a la aristocracia romana. Si la prendían, podía correr una suerte similar.

Tres hombres y una piedra. No podía estar en peor situación.

Se aproximó todo cuanto pudo sin ser vista y extrajo el cáñamo que llevaba bajo el cinturón, junto a la piedra. Dobló el cáñamo por la mitad e introdujo el canto rodado justo en la doblez, manteniendo así un extraño equilibrio al juntar las puntas, que evitaba que cayera para alguno de sus lados. Observó claramente que aquellos tres

hombres estaban muy animados junto a algún objeto que rodeaban. Reían de una manera entre avariciosa y socarrona. Afianzó la vista y pudo observar, con gran sorpresa, que el objeto que rodeaban era Ahuntar, el icono robado que lucía sobre la blanca arena de la playa. Así que habían sido ellos, los tres ladrones romanos los que lo habían sustraído del poblado layetano. Dejó a un lado el fardo que llevaba consigo, con sumo cuidado y quedó fuera de la vista de miradas indiscretas. Era una mujer y su pueblo había transmitido muchas historias de heroicidades de generación en generación pero no abundaban aquellas en las que hubieran estado involucradas las mujeres. Normalmente, los héroes layetanos acababan muriendo por su pueblo y así eran recordados durante las grandes cenas a través de los oradores, que las explicaban intentando que los niños asistieran y entendieran que, detrás de un héroe, solía haber un huérfano.

Ella estaba muy decidida a no dejar huérfano a Sosian, y de que no se hablara mucho de ella en las próximas cenas. Así que meció la honda hacia delante y hacia atrás hasta que conformó el primer círculo y los sucesivos, tomando cada vez más fuerza. Sólo una piedra, y no podía fallar. Ejerció un movimiento brusco que liberó el canto del cáñamo y la piedra salió volando en una maravillosa parábola, en dirección hacia los tres hombres. De los tres, había uno con cabello y barba de color rojo, el más corpulento de los tres y, a priori, el más peligroso. A él iba dirigida la piedra con una fuerza inusitada. En el último instante, otro de los hombres le dio un empujón al pelirrojo para apartarlo y poder examinar a Ahuntar más de cerca. Aquel movimiento fue fatal para él porque la piedra acertó de lleno en su sien derecha y cayó fulminado de manera inmediata, con una enorme brecha sangrante. Los otros dos hombres, sorprendidos, no salían de su asombro y el hombretón pelirrojo desvió su mirada hacia Daleninar, que instantes antes había decidido

rodear la inmensa duna que los separaba para aparecer por el otro lado.

Debía ser rápida puesto que estaba desarmada y quizá, intentando rodear la duna por donde había aparecido la piedra, aquellos hombres le darían la oportunidad de recuperar a Ahuntar. Y en verdad, Daleninar era rápida. Apareció por el otro extremo de la duna y pudo contemplar como el tercer hombre, estaba arrodillado ante el muerto, intentando quizá reanimarlo o contemplando el boquete en la sien. La piedra, su piedra, estaba detrás de él, y poco más allá, Ahuntar permanecía olvidado sobre la arena, que en aquellos momentos había perdido gran parte de su calor. Daleninar observó el cielo que se había cubierto con las nubes que procedían de las montañas. Ya no eran blancas, sino absolutamente negras y la luz del día se había desvanecido como si fuera a anochecer en seguida. Aún no había oído rugir el cielo ni escupir fuego, pero era cuestión de tiempo, mientras los primeros goterones de lluvia, gordos pero muy diseminados, empezaban a caer.

Se aproximó sigilosamente y el pelirrojo no estaba a la vista, recogió la piedra que le iba a dar la segunda oportunidad de ser usada y se acercó a las espaldas del hombre arrodillado. Aunque los íberos no solían ser un pueblo que atacara a traición, la situación de inferioridad le limitaba las opciones, y sin pensarlo dos veces, asestó un duro golpe en la cabeza de aquel romano que murió sin saberlo, antes de caer al suelo, sin un gemido.

Volvió la cabeza sin ver aún al pelirrojo. Era el momento de recoger a Ahuntar y salir de allí corriendo hacia las montañas. No podía olvidarse del fardo: muchas de las personas que le habían visto bajar por la riera, la habían visto con el niño envuelto en un paño y arropado en sus brazos. Era imposible acercarse al campamento a entregarle el fardo a Marius, en aquellas circunstancias, dado que acababa de recuperar a Ahuntar. Por tanto, debía regresar con el fardo. Rodeó la duna a toda prisa, sin ver al tercer y más peligroso de

los romanos. En el lado opuesto de la duna donde habían muerto ya dos romanos, yacía el fardo que recogió cuando inmensos goterones de agua se esparcían ya por el tejido.

Fue tener las dos manos ocupadas, una con Ahuntar y la otra con el fardo cuando escuchó la voz del tercer hombre a través de un rugido furibundo.

- ¡Vade retro, perra!

Daleninar escuchó la estentórea voz de aquel romano y giró en redondo, sin verlo. Sorprendida se le erizó el vello de todo su cuerpo con solo pensar que podía estar enfrentándose a algún espíritu. La duna a su lado se resquebrajó y de dentro surgió el inmenso romano y de un salto se plantó delante de Daleninar. Ella pudo observar, por el rabillo del ojo, que la espada romana aún pendía del *cintum*. Se maldijo para sí de haber sido tan estúpida y pensar que con el fardo y Ahuntar en sus manos estaba todo hecho.

El romano emitió una risa gutural mientras las venas del cuello se le hinchaban.

- Eres valiente, mujer hispánica y has acabado con la vida de dos de mis hombres. En Roma me darían buenos sestercios por ti, aunque cuando supieran lo que has hecho, te echarían a los leones sin dilación.

Aquel hombre estaba recubierto de fina arena en sus brazos y en sus piernas y también sobre la loriga. Respiraba profundamente porque, no en vano, mover todo aquel corpachón requería un gran esfuerzo. Pero aún así, sonreía maliciosamente, aunque sus dos compañeros hubieran muerto.

- Así que deja la criatura en el suelo– le ordenó jadeante.

Los romanos hablaban en latín y los íberos habían adoptado esa lengua, sin dejar la suya propia. Por esa razón Daleninar le entendía perfectamente. Dejar el fardo en el suelo sabía que tendría consecuencias así que ideó un plan a la desesperada. Tenía muchas posibilidades de ser recordada en las cenas de la aristocracia íbera.